

La guerra civil:

# ¿otro chantaje?

Silverio González Téllez

**M**e pregunto por el camino para llegar a la paz cuando la guerra ocupa el debate y encuentro una respuesta: meditar y aclarar nuestros principios y creencias, para actuar con la mejor de las consistencias hacia ellos. No vale la pena afrontar un momento decisivo de la vida de una persona, una nación, un pueblo, sin invocar lo que se cree. Por eso quiero expresar lo siguiente.

Creo en el santo nombre de la libertad frente al cual el vil egoísmo tembló de pavor. Creo en ese hombre pobre que desde su choza pide aún libertad. Creo en el bravo pueblo que más de una vez ha roto cadenas y las seguirá rompiendo. A través de esa fe cívica del himno nacional, creo que la IV República contribuyó a institucionalizar al país, creando muchas oportunidades para quienes venimos de abajo; pero después, su dirigencia y la sociedad no estuvieron a tono con los retos exigidos de más democracia y participación, y le cerraron el paso a los cambios constructivos. Creo que la simpatía por la insurgencia golpista del teniente coronel Chávez, y su posterior ascenso electoral a la presidencia, representaron esa búsqueda de más democracia (oportunidades de educación, salud, vivienda, empleo y participación política) solicitada por las mayorías del pueblo. Creo que Chávez es un populista, que cultiva la relación de dependencia de sus seguidores, pero que, una vez en el poder, ha tenido éxito en la confrontación y destrucción de las instituciones existentes, sin distinguir de lo bueno y lo malo en ellas, con evidentes signos de concentración de poderes para un fin revolucionario, que se evidencia en lo confrontacional y destructivo de sus declaraciones y actuaciones. Una revolución de una gran indefinición en las ideas y en los actos. La prueba: la Constitución de 1999, asumida como

bandera revolucionaria, es vilipendiada en aspectos cruciales (no acatamiento de los artículos relativos a la elección de los poderes ciudadanos; ni del Art. 3, el cual responsabiliza al Estado de la construcción de "una sociedad justa y amante de la paz", ni del Art. 57 que no permite los mensajes discriminatorios y los mensajes de guerra, etc.). Una revolución de carácter personalista que arremete contra lo poco que teníamos de institucionalidad y ciudadanía y lo sustituye por el arrase; que sólo acepta las voces de sus adeptos, mientras realiza la eliminación simbólica y física de sus oponentes. Creo también que Chávez representa a una parte del pueblo, que se identifica afectivamente con él, y no tanto evalúa sus ideas y actos, pero sí encuentra una unidad de sentimientos en su prédica de reconocimiento a los humillados, pobres y desvalidos.

Creo que Chávez ha llegado al poder legítimamente, pero ha traicionado a la libertad, la democracia y a sus electores, aunque aún representa a una parte de ellos.

Creo que él ha desatado lo peor de nuestros demonios y lo mejor de nuestros sentimientos. El hecho de que los señores del gobierno ventilen la guerra entre venezolanos es un tenebroso chantaje para preservar el poder, demostrando brutalmente la naturaleza anticonstitucional y antidemocrática de su actuación. Cualquier presidente democrático renunciaría ante la posibilidad de que su actuación esté siendo tan radicalmente cuestionada y esté llevando a la pérdida de vida de sus compatriotas. En el lado opositor a Chávez, creo que hay quienes estimulan una guerra como medio necesario a la paz y la libertad. Tremenda paradoja. ¿Se justifica una guerra contra el gobierno de Chávez, así lo entendamos

como un régimen confiscatorio de libertades y totalitario? ¿El fin de las libertades justifica enfrentar violentamente al gobernante y a sus seguidores? ¿La única posibilidad de retomar la senda de más democracia es también arrasando a una parte del pueblo? ¿No es ésta la prueba máxima del principio democrático que obliga a resolver las diferencias más enconadas por vía de la política? Creo que el Estado excluyente puede tratar de asustarnos con la guerra, pero quienes realmente somos demócratas y queremos más libertades no podemos justificar la muerte, como medio legítimo para un fin, así sea noble. No son ingenuidades. Son convicciones que se convierten en escogencias de vida. Creo en la vida para crear más vida y en el amor para aceptar la muerte. Creo que si todos aquellos que no queremos imposiciones totalitarias ni guerra, como forma de resolución del conflicto, expresamos activamente nuestro sentir, no habrá lugar ni justificación para la violencia de nuestra parte, ni para aguardar a un nuevo militar que "salve" la convivencia social. Con el sentimiento mayoritario de los venezolanos por la justicia y la libertad podremos avanzar hacia más democracia, y la V República será recordada como la adversidad que hizo brotar nuestros mejores sentimientos libertarios, solidarios y fraternos que nos procurarán la paz.

En esta hora de emergencia nacional la acción u omisión de cada uno influirá en el complejo entramado de lo que resulte. La guerra es evitable. Venezuela necesita de nuestra movilización. Es el momento de inventar nuevas formas de la política venezolana que nos salven como nación.

Silverio González Téllez  
Sociólogo